

Apuntes de la Escuela de comunidad con Julián Carrón
Milán, 21 de febrero de 2018

Texto de referencia: L. Giussani, Por qué la Iglesia, pp. 247-254.

- *Simple as this*
- *Noi non sappiamo chi era*

Gloria

Veni Sancte Spiritus

Hemos cantado: «He buscado..., he ido a buscar..., he tratado de..., he viajado..., pero sólo me desilusionado..., y la respuesta, bah, quien habría dicho que sería tan sencilla». Es sencilla, como le sucedió a Pedro, a Dimas o a Pablo. Dice don Giussani en *El sentido religioso* que la condición para que uno descubra la verdad es que preste atención; ¡es tan sencillo! Al participar en un lugar como la Iglesia, también nosotros podemos encontrar lo que estamos buscando. Pero «para comprender el hecho cristiano [leemos en el texto que hemos trabajado para esta noche] hace falta referirse continuamente a la vida» (p. 249). El hecho cristiano sólo se desvela ante nuestros ojos con toda su magnitud en la vida. Sólo de este modo, incluso las páginas de este capítulo, que al principio podían parecer abstractas, adquieren un valor desconocido, y lo que parecía abstracto se vuelve incidente, como me ha escrito un amigo que no ha podido venir, pues vive lejos de aquí: «El día ha comenzado cayendo en la cuenta de que me había olvidado de una persona amiga que me había pedido ayuda». Este ha sido el punto de partida para retomar la iniciativa: «Invadido por el malestar, he sentido la necesidad de releer los apuntes de la última Escuela de comunidad, en donde se decía que “solamente si participamos en un lugar se nos introduce en la verdad de nosotros mismos, en esa ‘vibración inefable y total’ que me hace ser yo”». Cuando uno toma conciencia de esto, «tiene dos posibilidades: o escapar, pensando que en el fondo ese olvido es una tontería, o seguir» lo que uno encontrado. «Por tanto, reconozco que esta segunda opción es la que deseo para mí: seguir lo que me ha hecho despertar». ¿Por qué? ¿Cuál es la razón? «Porque la segunda opción es la única capaz de volver a ponerme en movimiento en las cosas. Entonces la Escuela de comunidad se convierte en el medio que me recuerda puntualmente un camino, que me recuerda los rostros sin los cuales no tendría sentido hablar de “cuerpo de Cristo”, que me recuerda quién soy yo. De este modo, el magisterio ordinario se convierte en esa convivencia, en esa vida vivida, en esa “fidelidad a la vida de la comunidad eclesial” que te educa para reconocer a Cristo, y por tanto para prestar atención» a lo que sucede en la vida, y que te vuelve a poner en movimiento. Por eso un dogma deja de ser percibido como algo abstracto y empieza a ser reconocido como «un medio a través del cual Cristo alcanza incluso al último hombre de la tierra», incluso a un pobrecillo como yo, para ponerme nuevamente en movimiento. Sólo cuando uno experimenta la conveniencia de lo que sucede en la comunidad cristiana empieza a percibir el valor de lo que, en caso contrario, parecería

abstracto, sin interés, sin pertinencia para la vida. Pero hay alguno de vosotros que no piensa que las páginas o el magisterio ordinario y extraordinario sean abstractas, ¿verdad?

La cuestión interesante y dramática que se ha planteado en este periodo en nuestra Escuela de comunidad tiene que ver con la autoridad. Discutiendo con algunos amigos se ha visto que este capítulo les irritaba, no era útil para su búsqueda personal de Dios, más aún, decían que la Iglesia como autoridad y jerarquía (burocracia, leyes, Vaticano) es perjudicial y obstaculiza el encuentro con Cristo. Las páginas sobre el magisterio les parecían un monumento a esta Iglesia de poder que no tiene nada que ver con Cristo y con su Evangelio. Por eso hemos pensado pedirte que nos ayudes en este punto.

¡Un desafío a lo grande para empezar! ¡Aquí no se bromea, porque si fuera así no tendría ningún interés este diálogo! Sin preguntas de este tipo, ¿qué interés tendría hacer la Escuela de comunidad? Lo que estamos diciendo ¿es un obstáculo o una ayuda?

Empiezo a responder a esta estupenda pregunta leyendo el testimonio de una persona que muestra que la comunidad cristiana no sólo no es un obstáculo para la búsqueda de Dios, sino que es justamente lo que la pone en movimiento y permite hacer un camino de búsqueda, de forma libre: «Querido Julián, tengo 58 años y desde 1978 conozco el movimiento. En el liceo mis mejores amigos eran del movimiento. Pasaba muchas horas de amistad con ellos, eran mi referencia en muchos aspectos de mi vida, pero rechazaba la estructura, las reglas, presumía de mi independencia. El cura del movimiento me había visto, me saludaba siempre con una sonrisa total sin pretensión alguna. Yo gozaba de todo este bien, pero me mantenía al margen, no quería ninguna etiqueta y ninguna obligación. Durante los años de universidad perdí de vista a esos amigos, pero volví a encontrarlos más tarde, y entre ellos volví a ver también a un compañero mío de liceo, que luego se convirtió en mi marido. Pertenecía al movimiento, pero yo traté de que aquella fuese “su” historia, no quería entrar en ella. Las pocas veces que en aquellos años (en los años 90) participé en una Escuela de comunidad, volví a casa desilusionada y amargada, porque chocaba con la pretensión de muchos de afirmar su propia superioridad con respecto a los demás y con las auto celebraciones, que siempre me han producido fastidio. Durante la adolescencia había conocido otros grupos, y nunca había pensado que el movimiento fuese el mejor camino para todos. Durante los 28 años de matrimonio he frecuentado a muchos amigos de mi marido y he experimentado una ayuda concreta para mi vida. Nunca me han mirado con la pretensión de convertirme, me han ofrecido su amistad y yo he abierto gustosamente mi casa para sus encuentros, he aceptado pasar con ellos las vacaciones. Poco a poco me he implicado, pero siempre con el instinto inicial de defenderme de cualquier etiqueta y de cualquier “definición” que pudiese de algún modo dañar el encuentro con otras personas que también son amigas, compañeras, y que nunca he considerado inferiores, como si fueran menos que las personas del movimiento. A lo largo de los años he mantenido la convicción de que el otro, cualquier otro, es un bien, un misterio, un don para mi vida. Pero esta disponibilidad hacia el otro, que siempre he creído que era un punto fuerte mío, se ha transformado ahora en un reclamo para mí misma. ¿Qué es lo que me ha frenado

siempre a la hora de inscribirme a la Fraternidad? En el fondo, la pretensión de ser mejor que muchos otros, el orgullo y la falsa ilusión de sentirme más libre e independiente. Pero en los hechos siempre busco a estos amigos, busco tus textos, escucho y canto vuestras canciones, participo en los gestos que proponéis, leo los libros que se proponen y... huyo de un "sí". Sí, lo reconozco. También yo necesito un lugar que me ayude a crecer, también yo necesito ceder a un bien que he encontrado y dejarme guiar, fiándome del ciento por uno prometido. El ciento por uno no lo tengo protegiéndome a mí misma, temiendo lo que los otros puedan pedir a mi vida. Quiero aprender a fiarme, porque Cristo ha tenido conmigo una paciencia infinita. Se habrá reído de todas mis "tocatas y fugas". Yo me alejaba de Él y Él sabía cómo conquistarme de nuevo. Pido la inscripción en la Fraternidad. No lo tengo todo claro, pero ya no quiero huir del bien recibido en este lugar, y para estar más pegada a Cristo necesito rostros y un lugar. Ya los tengo junto a mí, sólo falta mi sí, mi ceder a lo que ya he visto».

Aquí vemos cómo esta persona se ha tomado todo el espacio de la libertad –sin que nadie le obligase a hacer nada– para hacer un camino que poco a poco le ha llevado a percibir como algo pertinente para su vida lo que antes rechazaba. Esta dificultad, por la que el dogma o la autoridad pueden percibirse como un obstáculo, ya ha sido afrontada por don Giussani en el texto de la Escuela de comunidad. Quien percibe el dogma como algo «dictatorial», que impide el camino de la razón y de la libertad, quizá no ha captado el método con el que la Iglesia llega la proclamación de un dogma, que es «la formulación definitiva que alcanza la toma de conciencia de una verdad de la que es depositaria la Iglesia» (p. 249). Don Giussani pone un ejemplo que puede ayudar a comprender cómo llega la Iglesia a la definición del dogma: «Esto es análogo a la experiencia más común y corriente de la vida. Cuando cualquiera de nosotros pasó por los cinco o diez años de edad, tenía una determinada actitud ante la vida, correspondiente a esos tramos de la existencia, que reflejaba ya entonces su personalidad; no obstante, a medida que crecimos ciertas ideas sufrieron, siempre dentro de la expresión unitaria de esa personalidad, determinadas flexiones expresivas. Así ocurre también en la historia de la Iglesia» (pp. 249-250). En nuestra experiencia llegamos a una cierta claridad poco a poco, adquiriendo conciencia de cosas que antes no eran nuestras; en la historia de la Iglesia se produce exactamente el mismo proceso. Si uno lo niega en la historia de la Iglesia, lo debería negar igualmente en su propia experiencia. Por eso, para ayudarnos a comprender un punto que nos cuesta con respecto a la vida de la Iglesia, a veces es preciso referirse a nuestra experiencia de la vida: «A medida que pasa el tiempo, bajo el choque de las circunstancias y la provocación de los acontecimientos, el niño cada vez toma más conciencia de sí» (p. 250), es decir, de algo que antes no comprendía. Y esto no va contra la razón o contra la libertad, no es algo dictatorial; de hecho, cuando uno llega poco a poco a esta claridad, desea todavía más encontrar algo que le ayude a vivir. Por ello, como la Iglesia es una vida, sólo participando en esta vida, como ha hecho esta persona, se puede llegar a alcanzar una claridad con respecto a lo que ella proclama.

Pero esto nos introduce en una cuestión todavía más radical, que es la objeción expresada por Nietzsche, para quien el hecho de creer, de aceptar lo que propone la

Iglesia, se opondría a buscar. Esta cuestión es afrontada en la encíclica *Lumen fidei*, escrita a cuatro manos por Benedicto XVI y el papa Francisco: «Al hablar de la fe como luz, podemos oír la objeción de muchos contemporáneos nuestros. En la época moderna se ha pensado que esa luz podía bastar para las sociedades antiguas, pero que ya no sirve para los tiempos nuevos, para el hombre adulto, ufano de su razón, ávido de explorar el futuro de una nueva forma. En este sentido, la fe se veía como una luz ilusoria, que impedía al hombre seguir la audacia del saber. El joven Nietzsche invitaba a su hermana Elisabeth a arriesgarse, a “emprender nuevos caminos... con la inseguridad de quien procede autónomamente”. Y añadía: “Aquí se dividen los caminos del hombre; si quieres alcanzar paz en el alma y felicidad, cree; pero si quieres ser discípulo de la verdad, indaga”. Con lo que creer sería lo contrario de buscar. A partir de aquí, Nietzsche critica al cristianismo por haber rebajado la existencia humana, quitando novedad y aventura a la vida. La fe sería entonces como un espejismo que nos impide avanzar como hombres libres hacia el futuro. De esta manera, la fe ha acabado por ser asociada a la oscuridad. Se ha pensado poderla conservar, encontrando para ella un ámbito que le permita convivir con la luz de la razón. El espacio de la fe se crearía allí donde la luz de la razón no pudiera llegar, allí donde el hombre ya no pudiera tener certezas. La fe se ha visto así como un salto que damos en el vacío, por falta de luz, movidos por un sentimiento ciego; o como una luz subjetiva, capaz quizá de enardecer el corazón, de dar consuelo privado, pero que no se puede proponer a los demás como luz objetiva y común para alumbrar el camino. Poco a poco, sin embargo, se ha visto que la luz de la razón autónoma no logra iluminar suficientemente el futuro; al final, este queda en la oscuridad, y deja al hombre con el miedo a lo desconocido. De este modo [paradójicamente], el hombre ha renunciado a la búsqueda [se ha producido lo contrario: no era la fe lo que impedía la búsqueda, sino que la falta de fe ha bloqueado la búsqueda] de una luz grande, de una verdad grande, y se ha contentado con pequeñas luces que alumbran el instante fugaz, pero que son incapaces de abrir el camino. Cuando falta la luz, todo se vuelve confuso, es imposible distinguir el bien del mal, la senda que lleva a la meta de aquella otra que nos hace dar vueltas y vueltas, sin una dirección fija» (Carta encíclica *Lumen fidei*, nn. 2-3).

De hecho, sólo alguien que ha encontrado, como San Pablo, puede decir: «Olvidándome de lo que queda atrás y lanzándome hacia lo que está por delante, corro hacia la meta» (Flp 3,13-14); puede afirmarlo precisamente a causa de lo que ha encontrado. Ahora tenemos que verificar si nuestra participación en este lugar que es la Iglesia, si el trabajo sobre la Escuela de comunidad nos ha permitido caminar o nos ha bloqueado a la hora de afrontar las circunstancias que tenemos que afrontar.

Releyendo la Escuela de comunidad me daba cuenta de que he dado un pequeño paso de conciencia. Es verdad que en la Iglesia (no sé si es correcto, pero diría que también en el movimiento) no todo es dogma, pero es interesante vivir todo a la luz de la función pedagógica de la Iglesia, de su tarea educativa, que hace que proclamar un dogma tenga siempre como horizonte la misión que ella debe llevar a cabo «dentro de la gran pedagogía que conduce al hombre hacia Cristo». He partido preguntándome –en estos días muy intensos y llenos de provocaciones en muchos frentes– si podía haber en un

texto en el que se habla de magisterio ordinario y extraordinario sugerencias para vivir, pero con un prejuicio último que, en el fondo, me llevaba a pensar que se trataría de sugerencias un poco abstractas, y que los criterios para mirar y observar lo que tenía que vivir vendrían de otra parte. ¿Qué tiene que ver, por ejemplo, todo esto con el hecho misterioso de que un alumno mío de 15 años muriera después de dos años de enfermedad, cumpliendo su vida de un modo que todos esperábamos que fuese distinto? O bien ¿qué tiene que ver el magisterio extraordinario con la provocación electoral? Hasta que me he visto tocada por dos puntualizaciones tuyas. La primera es la que has hecho durante la diaconía de Lombardía, cuando decías que nuestra pertenencia a la Iglesia, este estar a remojo en el «magisterio ordinario», hace nacer todo lo que estamos viendo –y que yo misma estoy viendo–: iniciativas de diálogo, puntos de trabajo para comprender lo que está en juego, amigos que no se sustraen a tantas preguntas en el intento de comprender qué es de verdad el bien común; la ganancia que vemos, decías, es el crecimiento de nuestro yo y el de los demás, es decir, el nacimiento de una criatura nueva. Y la segunda puntualización es la que hacías en la entrevista al término de la audiencia con el Papa: a la pregunta sobre cuál es, en tu opinión, la novedad del magisterio del papa Francisco, tú has respondido que la mayor contribución es «ser conscientes de este cambio de época que nos lanza un desafío a todos nosotros: ver las formas concretas con que la Iglesia se sitúa hoy frente al mundo y a los desafíos que nos afectan a todos» («El encuentro de hoy entre Francisco y don Julián Carrón, presidente de CL», entrevista de A. Masotti, vaticannnews.va, 2 de febrero de 2018). En un instante, estas dos observaciones tuyas me han remitido al trabajo de la Escuela de comunidad. Me he dado cuenta de este denominador común: lo que elimina cualquier abstracción es justamente esta experiencia de Iglesia que describes, tal como se lee en el texto: «La Iglesia, aunque sea muy fácil no tenerlo presente, es una vida. Es la vida de Uno [...] que se desenvuelve en el tiempo dentro de la organicidad viviente de un pueblo. [...] Es [...] una vida que toma con el tiempo cada vez más conciencia de sí misma» (p. 250). Estas palabras tuyas me han vuelto a situar frente a lo que mis ojos han visto en estas últimas dos semanas, pero de lo que no había tomado conciencia. Con respecto a la muerte de mi alumno, no podía desligar este hecho de haber visto a su madre, una madre que, frente al hijo que muere, anima al médico ateo –que le confía que está humanamente envidioso de haberla visto vivir una prueba tan grande que para él, como médico, sólo era una derrota– y le dice: «Para nosotros esta muerte no es una derrota. Mi hijo está en el Paraíso y nosotros somos así por la historia a la que pertenecemos». Que es como decir: somos el fruto de una vida educada en la Iglesia. El segundo aspecto que he intuitido como fruto de esta función pedagógica es que decir: «¡Esto es definitivamente cierto!» (como cuando se proclama un dogma) en esta circunstancia electoral no nace porque salgan todas las cuentas o porque estemos seguros de una estrategia, sino porque en este estar a remojo en la Iglesia, como nos recordabas, «a medida que pasa el tiempo, bajo el choque de las circunstancias y la provocación de los acontecimientos, [se] toma más conciencia de sí [...] con la seguridad que da la adhesión a la autoridad» (p. 250). Se trata de una seguridad definitiva. Y me descubro agradecida, porque miro con obediencia tu autoridad y miro a todos los amigos que se dejan desafiar por ella cada día como

instrumento extraordinario para descubrir la verdad de mi persona en aquello que es ordinario.

Como podemos ver, cada uno realiza la verificación en la realidad, frente a los desafíos de la vida, no en sus propios pensamientos. Frente a un alumno que muere tan joven, frente al desafío electoral uno ve si la pertenencia a la comunidad cristiana le ahorra el camino o le pone en situación de buscar para poder comprender. Porque quien no tiene nada a lo que mirar se bloquea ante la oscuridad de la muerte; pero quien pertenece a un lugar que abre el horizonte de su razón no se consuela sentimentalmente, sino que empieza a percibir el alcance de lo que se le dice, se da cuenta por ejemplo de que el dogma de la Asunción desafía su razón, porque es como decir: el valor de la vida no consiste en el éxito, no está en lo que tenemos nosotros en la cabeza, el valor de la vida consiste en el hecho de que está destinada a esa victoria que ha sucedido ya en la Virgen. Por eso podemos mirar a nuestro alumno, a nuestro amigo, con los mismos ojos con los que lo mira su madre. ¡No dejamos la razón en el armario! Podemos mirar incluso la muerte con esa conciencia, y entonces todo se convierte en una provocación que pone en movimiento nuestra búsqueda. Ahora lo vemos también con respecto a la provocación que suponen las elecciones. El punto del que podemos partir para comprender el alcance de lo que vivimos es la desconfianza total que existe con respecto a la cita electoral. La desconfianza que podemos experimentar también nosotros, ¿depende quizá del hecho de que pertenecemos a la Iglesia?

¡Qué increíble este periodo!

«¡Qué increíble este periodo!».

Si ya me había quedado descolocada por tu propuesta de verificar la fe en los gestos de caridad, esta vez me he quedado KO. ¿Cómo verificar la fe en la forma que tenemos de movernos frente a las elecciones?

¡Nada más lejos de vivir en el hiperuranio, como piensan algunos!

Nunca me he tomado tan en serio el trabajo sobre las elecciones como este año. Me he puesto a estudiar todos los textos que se habían sugerido para ahondar en el tema, para saber más.

Por tanto, ¿la fe te ha empujado a estudiar para conocer más o te ha hecho pensar que ya te lo sabías? Las objeciones que surgen en nosotros hemos de verificarlas en la experiencia: la fe no te ha bloqueado en el «ya me lo sé», sino que ha puesto en movimiento tu razón, tu deseo de comprender.

Ha sido una ocasión excepcional. ¿Quién habría podido imaginarlo?

¡Perfecto! «¿Quién habría podido imaginarlo?».

Lo más bonito de todo ha sido ver a muchas personas a mi alrededor que se han puesto a trabajar, a hacer un trabajo serio partiendo de su propia experiencia, unos partiendo de la relación con los hijos, otros de las exigencias de su propio trabajo, midiéndose continuamente. En definitiva, esa propuesta tuya ha generado una gran inquietud en un tema, en una ocasión que muchos de nosotros, yo la primera, siempre hemos deseado con todo el corazón que pasase lo antes posible, no viendo la hora en que algún amigo se inclinase hacia algún lado para sumarnos al carro. El movimiento personal que esta provocación ha suscitado es el espectáculo de la generación de un yo nuevo, deseoso de

ser protagonista ahora. Toda esta inquietud ha generado, desde dentro del trabajo de la Escuela de comunidad, el deseo de verse junto a otros para afrontar el tema de las elecciones, no como iniciativa «habitual» del responsable de turno, sino precisamente como exigencia personal para verificar este camino de nuestras personas, para tomar conciencia de cómo estamos en camino dentro de este lugar que sigue la historia y nuestra historia personal que se llama «Iglesia». Estoy conmovida y agradecida por un paso totalmente inesperado.

¿Lo veis? Con relación a las elecciones podemos verificar si aquellos que han encontrado algo para vivir siguen buscando o bien han dejado de buscar y entonces, como les sucede a muchos, vencerá desconfianza. Es justamente frente a esta desconfianza donde tenemos que verificar nuestra fe. Como nos ha recordado el cardenal Basetti: «Como obispos nos unimos ante todo al llamamiento del Jefe del Estado a superar cualquier motivo de desconfianza y de desafecto [la Iglesia invita a no dejarse llevar por esta primera reacción, como suele suceder] para participar en las urnas con sentido de responsabilidad hacia la comunidad nacional». Como realidad social, histórica, la Iglesia invita a tratar de «alcanzar –dice también el cardenal Basetti– una colaboración real en el servicio al bien común» (*Discurso inaugural en la Comisión permanente de la CEI*, 22 de enero de 2018). La primera contribución que la Iglesia nos ofrece a nosotros, que podemos desear con todo nuestro corazón, como decía antes nuestra amiga, que la cita electoral pase lo antes posible, es la de volver a ponernos en movimiento. Sin un lugar que nos eduque en este movimiento, sin hacer un camino, uno puede conformarse con lo que tiene, y entonces prevalece la desconfianza.

Mientras leía la Escuela de comunidad me sucedió algo. Digo antes que nada que en estas semanas he cambiado de trabajo y el impacto con los nuevos compañeros ha sido difícil; no me gusta mucho cómo trabajan y esto me ha hecho levantar un muro con relación a ellos. En los últimos días me he dado cuenta de que iba a trabajar pensando que después de algunas horas terminaría mi turno, y sobre todo me he dado cuenta de que en esa posición me encontraba bien y estaba tranquila. Pero al darme cuenta de esta dinámica, intuía ya que algo no marchaba bien, porque en mi historia nunca me ha bastado vivir así, pero me había quedado parada en este punto.

¿Veis cómo empezamos a darnos cuenta de las cosas partiendo del modo que tenemos de vivir lo cotidiano? Porque, como dices tú, «en mi historia nunca me ha bastado vivir así». Esto es todo lo contrario de dejar de buscar. ¡Es justamente tu historia lo que te impide dejar de buscar!

Después han sucedido dos cosas. Por un asunto que me ha sucedido, han salido a la luz mis defectos habituales, y por eso ha nacido en mí la pregunta: ¿estoy bien así? La segunda cosa ha sido una conversación con una amiga, que me ha preguntado qué estaba descubriendo en la relación con mi novio. Estas dos preguntas me han puesto un poco entre la espada y la pared, porque me han sorprendido vacía. No ha sido algo automático, pero después de algunas horas he decidido leer la Escuela de comunidad y me he dado cuenta de lo que había sucedido. Esas dos preguntas molestas me habían devuelto esa pobreza de la que se hablaba en la última Escuela de comunidad, en ese volver a mirar mi deseo y a admitir que había una distancia, es decir, que me faltaba

algo, hasta el punto de que he vuelto a retomar el texto de la Escuela de comunidad. Me impresionó mucho lo que sucedió a continuación: tenía que ver a una amiga, pero no tenía intención alguna de ser verdadera y de preguntarle qué estaba descubriendo y, en cambio, después de lo que me había pasado, he ido a verla más pobre, con toda mi necesidad de encontrarme con ella y de saber cómo estaba ella conociendo a Jesús.

Solo un lugar como la comunidad cristiana puede despertar constantemente el deseo de ponerse en movimiento, de tomarse en serio y de secundar las preguntas con las que la vida nos provoca. Es todo lo contrario de un lugar en el que se vive de forma monótona, sin preguntas o sin búsqueda. Este es un lugar que te suscita preguntas. ¿Qué otras preguntas hemos percibido en este periodo?

Una pregunta que sigue estando y que me está poniendo en movimiento tiene que ver con el discurso del Papa en Cesena en el que habla del bien común: ¿qué tiene que ver el bien común con mi forma de estar en la escuela, en la familia, con hacer la compra o tener gripe? Son dos términos que inicialmente me correspondían, pero luego los percibía cada vez más abstractos, mientras que reconocía una mayor familiaridad con la palabra «subsidiariedad», cuyos rasgos reconozco más fácilmente en mi experiencia y que para mí expresa mejor la dinámica de la caridad; sí, porque el término «bien común» se me queda un poco equívoco. En el fondo, lo que deseo para mí es la experiencia humana de Jesús, tal como se expresa con las palabras de la misa: «Se ofreció libremente a sí mismo». Esta es la posición que quisiera para mí. Nada que sea menos que esto. Y este ímpetu de caridad que nace en el corazón no es mío, me hace moverme hacia las personas con las que me encuentro, y el ímpetu de bien que experimento es sobre todo por la persona que tengo delante. No consigo entender el bien común como valor universal capaz de generar una dinámica de caridad, me parece que esconde algunos riesgos. Ayúdame a entender para que pueda vivir el paso que nos pides.

Pero este ímpetu de caridad que te hace moverte hacia el otro, este movimiento de bien que experimentas, ¿qué es sino el bien común? Tú te mueves por un bien que compartes con el otro. Encuentras dentro de ti un ímpetu hacia el otro, y en esta experiencia descubres que tu ímpetu se convierte en un bien también para el otro; entonces el término «bien común» empieza a dejar de ser abstracto y se convierte en algo concreto, para ti y para el otro.

A propósito de esto, cuando yo –que doy clase de literatura en un liceo clásico– leí los manifiestos de CL y de la CdO sobre las elecciones, todas las afirmaciones que se hacían en ellos me parecían lejanas de mi experiencia, porque no estoy implicada en la actividad política, es más, me siento bastante distante de ella, pero una pregunta resonaba en mí una y otra vez: ¿cómo puedo no quedarme mirándolo todo desde el balcón? ¿Cómo hacer las cuentas con una realidad importante como las elecciones? El hecho de no tener desde el movimiento una indicación de voto me ha obligado a prestar atención a lo que sucedía a mi alrededor. Y entonces ha sucedido que ha venido a nuestro grupo de Fraternidad, para contar su experiencia, un joven de nuestra ciudad que está implicado en la junta del barrio y que vive la política como algo importante,

no secundario. Ha contado que siempre había tenido en mente el bien de la gente partiendo de las necesidades que veía, hasta el punto de ponerse a quitar la nieve cuando era necesario o a hacer una inspección en todas las calles del barrio para preparar un listado sobre las farolas que no funcionaban. Aunque el partido ha quitado su firma del informe y la ha sustituido con su propio sello, él se ha alegrado igualmente, porque las farolas se han reparado y la necesidad de la gente se ha visto respondida. Además ha contado que, en un congreso diocesano el que había un grupo de trabajo sobre la política, ha conocido a otros de partidos distintos, pero que entendían la política igual que él, es decir, como un servicio; de este modo, al terminar el congreso, se ha vuelto a ver con uno de ellos y después con otros, hasta el punto de que ahora, a partir de ellos, se ha constituido un grupo de personas comprometidas en política que se encuentran mensualmente para no trabajar solas. Frente a estos relatos me he dicho que este modo de afrontar las cosas es el mismo que vivo yo como profesora en mi escuela. Un grupo de profesores quedamos a cenar periódicamente para hablar sobre las necesidades que vemos en la escuela, sobre la relación con los chicos, con los compañeros y con el director, para contarnos las cosas que nos suceden, para confrontarnos partiendo de un interés y de una necesidad comunes. Al principio éramos pocos, pero nuestro número ha crecido progresivamente, porque mi necesidad en realidad es la misma necesidad de todos. Esta es mi forma de actuar «políticamente» –en sentido etimológico– allí donde estoy.

¡Desde luego! Es tu forma de interesarte por la *polis*. Somos nosotros los que hemos reducido este interés en la participación electoral.

Esto me ha dado también claridad acerca del voto, porque quiero sostener a esos jóvenes que tratan la vida partiendo de los mismos presupuestos y necesidades que me mueven a mí. Gracias por el trabajo personal que me has llevado a hacer y que permanecerá después de las elecciones: una conciencia cada vez mayor de mi presencia en la realidad.

Este es el resultado del trabajo que nos hemos invitado a hacer: frente a algo que inicialmente sentías como lejano de la experiencia, has percibido una provocación y no puedes quedarte en el balcón, como dice el Papa. Todo lo que has contado nace precisamente de la pertenencia a un lugar que te pone en movimiento en la escuela, frente a las necesidades de los estudiantes, igual que ha movido a ese amigo político a buscar a otros que compartiesen el mismo interés por la política como servicio. No es cerrarse en el individualismo, porque existen yos que empiezan a generar enseguida lugares, grupos en donde este movimiento sigue sucediendo, y los que son pocos al principio se convierten en muchos. ¿Qué despierta en el sujeto esta pertenencia a la comunidad cristiana?

Partiendo del llamamiento del Papa a trabajar juntos por el bien común de nuestro país, me ha surgido la necesidad imperiosa de contar a todos la mirada nueva...

¡Mirad! No os perdáis esto: «Me ha surgido la necesidad imperiosa»: cada uno se ha movido a causa de algo, nadie se ha quedado bloqueado.

... que mi experiencia de fe me ha regalado en estos años. Dominada por esta necesidad imperiosa, no he podido contenerme y he escrito una carta a un periódico.

Leo algunos pasajes de la misma: «Desde hace tiempo se está afirmando la idea de que el único instrumento con el que nosotros los ciudadanos podemos contribuir verdaderamente a la construcción del bien común es la delegación política en nuestros representantes electos...

La política se reduce a un delegar en otros.

... como si en este nivel las demás expresiones de nuestra persona como el trabajo, la familia, el tiempo libre, etc., fuesen en la práctica completamente irrelevantes y carentes de incidencia. Sin embargo, se trata de un juicio completamente parcial. ¿Es que pensamos de verdad que nuestra única contribución de ciudadanos al bien común se agota poniendo una cruz en un papel cada cinco años? Con eso no quiero naturalmente decir que el momento del voto para mí no sea importante, sino que no representa más que una pequeña tesela de la contribución mucho más amplia que pudo ofrecer como hombre al bien común de mi país. De hecho, pienso que como contribución mía a la historia del pueblo al que pertenezco, son mucho más importantes y decisivas la intensidad y la pasión ideal con la que trato de vivir a cada instante mi trabajo, mis amistades, el compromiso social, mi tiempo libre, la familia y todo lo que el buen Dios me concede vivir junto a mis hermanos los hombres». Para hacer eso no ha sido necesario esfuerzo alguno, he secundado simplemente los deseos que han nacido en mi corazón frente a la próxima cita electoral, gracias a la experiencia de fe en la que tengo la gracia de participar.

Como se puede ver, estas intervenciones, una detrás de otra, demuestran que haber encontrado lo que uno busca no bloquea la búsqueda, sino que la pone en movimiento continuamente; esto es algo evidente. La experiencia de fe no sólo no bloquea la búsqueda, sino que la intensifica. Esta es la primera contribución que la Iglesia ofrece a nuestra vida: nos ofrece la posibilidad de pertenecer a un lugar que constantemente nos hace interesarnos a todos, a cada uno de nosotros, en las cosas que antes considerábamos abstractos con respecto al bien de todos.

El jueves pasado fui a un encuentro con un político, y por primera vez en mi vida me surgieron preguntas sobre la política y no sólo...

«Me surgieron preguntas»: no lo tenía todo claro de partida.

... y te planteo alguna de ellas. En un momento histórico como el nuestro, en el que todo parece tan fragmentario, ¿en qué consiste la unidad de los cristianos? ¿Dónde la veo incluso en las decisiones políticas? ¿Qué quiere decir para ti ser nuestro padre? ¿Cuál es el criterio con el que reconozco quién es para mí una verdadera guía? Después del encuentro del jueves, decidí quedar como un chico al que aprecio mucho y que sabe mucho más que yo para preguntarle qué pensaba, incluso con respecto a las preguntas que habían surgido en mí. Vi que él estaba más preocupado de atacar al político –entre otras cosas, yo tampoco estaba de acuerdo completamente con todas las cosas que había dicho–, de defender una posición, y sobre todo vi que me miraba con prejuicio porque había ido al encuentro con ese político pero todavía no había leído los textos, entre ellos el del Papa, que se nos había sugerido leer. De esta conversación no salí muy tranquila porque me impresionaba el hecho de que, aun estando de acuerdo en

casi todas las cosas que él decía, no me sentía mirada de forma integral y advertía sobre mí sobre el escándalo de no haber hecho todavía «las cosas que tenía que hacer» para ser una buena cristiana, una ciellina diligente. Después me encontré con otro amigo, al que le conté lo que me había dicho el amigo de antes (sin hacer referencia al escándalo que había provocado en mí). Él me dijo simplemente: «¡Qué bien que te hayan surgido estas preguntas, porque no hay que darlo por supuesto! ». Me quedé muy impresionada porque, más que mirar la incoherencia de mis acciones, la infidelidad que tengo frente a mis mismas preguntas, este amigo me miró por la necesidad verdadera que tenía de comprender y que me hacía preguntar. Por eso lo primero que hice cuando volví a la biblioteca fue leer los textos que teníamos que leer, no ya como un deber moral, sino como una posibilidad para mí de descubrir algo más con relación a mis preguntas. Me doy cuenta de que incluso entre nosotros podemos mirarnos de forma reducida, queriendo convencer al otro, o bien podemos mirarnos partiendo de las preguntas verdaderas que tenemos –a veces traicionadas por nosotros mismos, a veces escondidas– y sostenernos en ellas. Esta última me parece la única mirada interesante que poner en juego incluso en el diálogo sobre la política; ¿cómo podría hacer para mirar a alguien que no vota lo mismo que yo, si no fuera por esas preguntas que todos tenemos y sobre las que podemos dialogar de verdad? Al final me vi implicada en otra conversación sobre las elecciones, en la que muchos sostenían que era necesario decir incluso públicamente a quién votar, por distintas razones que no vienen ahora al caso. Mientras escuchaba, yo que soy una pobrecilla e incluso una ignorante en política, sentí que algo me chirriaba. Si miro este tiempo, el camino que he hecho –no sola– para tratar de entender aunque sólo sean las preguntas que han surgido en mí con respecto a las elecciones –pero también con respecto a mí misma, a cómo estoy en el mundo, a cómo estoy delante de mis amigos–, no puedo tener sinceramente como máxima aspiración la de que alguien me imponga desde lo alto a quién votar, y no porque yo sea la máxima experta en política, porque no haya que confrontarse realmente, no porque cada uno tenga que buscarse la vida y no exista una verdad única a la que todos aspiramos, sino porque si esta verdad no se vuelve mía, no puedo tampoco vivirla realmente; una verdad que no es mía sería como un extranjero en mi casa. Sin la invitación a moverme en primera persona no habría descubierto estas cosas acerca de mí misma. Deseo hacer este camino al que tú y el Papa nos invitáis, porque quiero descubrir cada vez más quién soy yo.

«Si esta verdad no se vuelve mía, no puedo tampoco vivirla realmente». Después de todas estas intervenciones puede decirse que en este periodo cada uno de nosotros, según se ha implicado o no, según ha respondido a las provocaciones, a las sugerencias que nos hemos dado, está verificando su fe. ¿Para qué sirve participar en un lugar como este? ¿Qué hace razonable estar aquí a estas horas de la noche? Sólo es razonable si este es un lugar en el que, por el hecho de estar, cada uno de nosotros no deja de buscar, sino que es constantemente estimulado a tomarse en serio sus propias preguntas, a desear hacer un camino que nos haga ser cada vez más protagonistas. Esto es lo que muestra la verdad del dogma, es decir, la autoconciencia que la Iglesia ha adquirido con el tiempo. Este trabajo no termina aquí. Esta noche hemos recibido una confirmación más con respecto a una cuestión absolutamente concreta –las elecciones–, pero también con

relación a la vida en la escuela, con relación a las vicisitudes de la vida y las preocupaciones que tenemos, con relación a la conveniencia humana de la fe, a su pertinencia a las exigencias de la vida, a cómo la fe nos permite hacer un camino verdaderamente humano. Ahora cada uno tiene una razón más clara para adherirse o para decidir hacer lo que quiera, pero no puede seguir diciendo que las páginas de la Escuela de comunidad que estamos estudiando son abstractas, que no tienen que ver con la vida. De hecho, nosotros hemos podido leer estas páginas, que inicialmente parecían abstractas, descubriendo lo pertinentes que son para nuestra vida, y esto habla de la novedad que hemos encontrado.

La próxima Escuela de comunidad tendrá lugar el miércoles 21 de marzo a las 21 horas, para quien quiera continuar el camino. Seguimos trabajando sobre el texto *Por qué la Iglesia*. Retomaremos la parte titulada «Cómo se comunica una realidad divina» hasta el punto sobre los sacramentos, de la página 254 a la 267.

El Cartel de Pascua nos habla de la razón que mueve todo en nosotros.

Leo la frase de don Giussani que hemos elegido para acompañar el cuadro de Burnand que representa a los dos discípulos que corren al sepulcro la mañana de la resurrección: «Desde el día en que Pedro y Juan corrieron al sepulcro vacío y Le vieron después resucitado y vivo en medio de ellos, todo puede cambiar. Desde entonces y para siempre un hombre puede cambiar, puede vivir, revivir. La presencia de Jesús de Nazaret es como la linfa que desde dentro –misteriosa pero ciertamente– reverdece nuestra aridez y vuelve posible lo imposible: lo que para nosotros no es posible, no es imposible para Dios. De modo que una humanidad nueva apenas esbozada se hace visible, para quien tiene la mirada y el corazón sinceros, a través de la compañía de aquellos que Le reconocen presente, Dios-con-nosotros. Humanidad nueva, apenas esbozada, como el reverdecerse de la naturaleza amarga y árida».

El libro del mes de marzo es *Réquiem por Nagasaki*, de Paul Glynn, Editorial Palabra. Es muy interesante leer cómo encontró la fe el médico japonés protagonista del libro. Y ver cómo, en el momento de destrucción y de confusión después de la bomba atómica en Nagasaki, su ser cristiano representó un punto de reconstrucción y de reanudación para Japón.

Hemos pensado en este libro después de haber visto la fotografía que el Papa ha hecho imprimir y distribuir, tomada por un fotógrafo americano después del bombardeo atómico de Nagasaki: un niño espera su turno en el horno crematorio con su hermanito muerto a las espaldas. La imagen es una advertencia contra lo que el Papa llama la «tercera guerra mundial a trozos», que afecta hoy al mundo.

A este propósito, os recuerdo la invitación del Papa a realizar una Jornada especial de oración y ayuno por la paz el próximo viernes 23 de febrero.

A finales de febrero Rizzoli sacará a la venta una nueva edición del libro de don Giussani *Realtà e giovinezza. La sfida* (en español *Los jóvenes y el ideal. El desafío de la realidad*, ndt). El libro propone nuevamente algunas conversaciones de don Giussani

con los jóvenes y sobre los jóvenes. Adelantándose a una percepción que hoy está muy extendida, Giussani se había dado cuenta hace muchos años de que el contexto educativo y social tendía a hacer callar las exigencias de verdad, belleza, justicia y felicidad de los jóvenes.

Con vistas al Sínodo de los obispos sobre los jóvenes «Los jóvenes, la fe y el discernimiento vocacional» (que tendrá lugar en octubre), el libro puede utilizarse para presentaciones públicas, sobre todo porque es un tema muy presente en las conversaciones que tienen lugar en muchos lugares de la vida de la Iglesia y también en la sociedad. Es una ocasión sobre todo para nosotros, para leerlo o releerlo: contiene muchos temas absolutamente actuales, que podemos ofrecer a todos como una contribución, porque ahora existe en muchos una preocupación, existe una pregunta que puede encontrar una respuesta como la que nosotros hemos encontrado.

En este periodo se celebran en Italia en el extranjero las misas para recordar el aniversario de la muerte de don Giussani y del reconocimiento de la Fraternidad. Pidamos a don Giussani que nos ayude a ser fieles, a pesar de todos nuestros límites, al camino que ha indicado. Todo lo que hemos escuchado esta noche difícilmente podríamos escucharlo si no fuese por esa pertenencia a este lugar generado por la gracia recibida por don Giussani y al que nosotros seguimos siendo fieles.

Que el tiempo de cuaresma que la Iglesia nos propone sea una provocación para descubrir aquello que es verdaderamente esencial para la vida.

Veni Sancte Spiritus